

JOSEP
PLA

LO
INFINITAMENTE
PEQUEÑO

AUSTRAL



JOSEP
PLA

LO
INFINITAMENTE
PEQUEÑO



AUSTRAL

 DESTINO



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Herederos de Josep Pla, 1981

© Editorial Planeta, S. A., 1954

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: *Calle Mayor de Palafrugell a principios del siglo xx*. Fotografía de

Àngel Toldrà. Archivo Municipal de Palafrugell. Colección Familia Solés

Primera edición en Austral: noviembre de 2023

Depósito legal: B. 18.068-2023

ISBN: 978-84-233-6430-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Lo infinitamente pequeño

«Recuerdo haber leído en uno de sus libros», me escribe un señor de una comarca muy lejana, que tiene, además, fama de rica, «que en su pueblo hay muchas casas ruinosas y deshabitadas en las que, si alguien llama a la puerta, nadie responde, naturalmente.

»En mi pueblo sucede lo mismo en las casas habitadas. Llama usted a la puerta, de noche o de día, y todo el mundo se hace el sordo. No hay amigo, ni vecinos, para enredarnos mutuamente. Ya sabe usted la significación que tiene en catalán el verbo *enredar*. Vale más no traducirlo».¹

Lo más sorprendente, quizá, de la época que estamos viviendo es observar la escasísima importancia que se da a las desgracias ajenas.

1. *Enredar* en catalán significa ‘engañar’.

En esta casa —todo el mundo lo sabe en el vecindario— pasan dificultades. Los vecinos se preguntan —*in mente*— lo que hay que hacer. Así pasan los días. De mal en peor se las van componiendo.

Un vecino, más sensible, llama, al atardecer, a la puerta. Al atardecer para no ser visto. Los de la casa entreabren una pequeña rendija en la puerta; poco después, un ruido de hierros.

—¿Qué sucede?, ¿qué quiere?... —preguntan desde dentro.

El visitante se ofrece, pide si necesitan algo, etc.

—Ya lo miraremos, ya lo miraremos... —dicen.

Y cierran.

El carbonero ha terminado sus patatas y baja al pueblo, el sábado por la tarde, a proveerse.

Pide patatas en una casa y el dueño responde que no tiene.

—Pero, ¡hombre de Dios! —dice el carbonero—, ¿cómo quiere usted que viva en el bosque, si no tengo qué comer? ¿Quiere usted decirme, por favor, lo que tengo que hacer?

Con el brazo, el dueño hace un gesto enorme y vago, mostrando unos campos que se ven a lo lejos.

—Todos aquellos campos —dice— están llenos...

El pozo de esta casa ha quedado seco. Sus moradores piden permiso al vecino de al lado para sacar agua

de su pozo. El vecino accede, el primer día, muy contento.

A los tres días, el vecino se acerca a una niña que, con grandes dificultades, está izando un cubo con la cuerda y la polea.

—¡Bueno, bueno, esto pasa de la medida! —dice—. ¿Sabes lo que se ha gastado esa cuerda?

Es curioso; si necesitáis algo y la gente sabe que no tenéis una absoluta necesidad de ello, todo el mundo se desvive en serviros. Si la necesidad es urgente, en cambio, ¡cómo se escurren, Dios mío!

Una pobre mujer de la vecindad tiene enfermas, desde hace muchos días, dos criaturas. Miseria y frío.

—¿Se podrán salvar esos críos? —pregunto al médico.

—Si los padres tuvieran algo, se salvarían.

Esta es una de las limitaciones más fuertes de la Medicina.

El artículo «Los empujones», de mi amigo Luján,² fue comentado, por un tendero conocido mío, de la siguiente manera:

—El artículo está bien. Además, es cierto. Se dan muchos empujones, en efecto, y a parte de los empujo-

2. Aparecido en *Destino*, núm. 539 (6.12.1947), p. 2.

nes que no se ven, que son los más terribles. En vista de ello, ¿cómo hemos de educar a nuestros hijos? ¿Los hemos de educar como si los empujones existieran o como si no existieran?

Curiosa la persistencia —pienso— de los tópicos manidos. En las épocas estables, graníticas, puede hablarse de la educación de los hijos. Pero en las épocas fluidas, como esta, en las cuales no hay más que un único problema que varía constantemente —la propia defensa—, la educación de los hijos se hace en la calle, es un reflejo del ambiente. Pero lo difícil también se logra con un poco de paciencia. Es antipático, si quieren ustedes, volver, de viejo, a la inconstancia moral primigenia de los catorce años, a la facultad de adaptación fabulosa que se tiene a aquella edad; pero la realidad demuestra que el problema no es insoluble, ni mucho menos.³

La calle principal del pueblo coincide con la carretera. En la carretera está la tienda, la taberna y el poste de gasolina.

Al atardecer de un día de últimos de verano se paró ante el poste un rutilante coche. Llevaba la bandera

3. En la primera aparición del texto (*Destino*, 21.02.1948, firmado con el seudónimo Tristán), entre este párrafo y el siguiente aparecía otro fragmento: «Una de las cosas que me han dado una impresión más exacta», me dice una persona muy cultivada, “de la indescriptible pequeñez del ser humano frente a la inmensidad de la naturaleza es no haber podido lograr que me pesaran una sola vez, en balanzas de la tienda, el pan de racionamiento”. En las galeras de 1954 el fragmento todavía consta; por lo tanto, fue suprimido en el proceso de corrección del libro.

suiza y la marca del estado de Zúrich. Descendieron del mismo un gigantesco señor rubicundo, con gafas, y una señora voluminosa y tranquila. Entraron en la tienda. Al poco rato salieron llevando el caballero, acunada en su antebrazo, una botella de agua mineral. En el pueblo; una botella de agua mineral la hacen pagar a cuatro pesetas.

Después «hicieron» gasolina, que pagaron, como es natural, religiosamente.

En el momento de meterse en el coche para reanudar la marcha, oí que el señor de las gafas decía a la señora voluminosa:

El país es curioso. Una botella de agua mineral cuesta aquí el doble que un litro de gasolina...

—*Schön!*... —dijo la señora, disimulando apenas una sonrisa familiar y helvética.

A la villa de al lado —agrícola cien por cien— llega una compañía de cómicos, que hace el bolo con las últimas novedades de Madrid y Barcelona. A pesar de que el bolo está puesto, según los programas, bajo los auspicios de Educación y Descanso, se produce una cierta expectación entre payeses y comerciantes pequeños.

Por la tarde, en el teatro, la señora del alcalde, majestuosa y oronda, ocupa, con su cuñada, una solterona gorda y plácida, que en la casa se cuida de las gallinas, unos asientos en un palco. El alcalde, particular amigo mío, está terminando su partida de tute subastado en el café adyacente.

Cuando se levanta el telón, aparecen en escena el

primer actor y la primera actriz, con una señorita vestida de doncella, y empiezan a decir tonterías de estar por casa. La primera actriz es una señora con pelo teñido de rubio, flaca y larga como una urraca, con una voz desafinada que pone la carne de gallina. El actor principal es un señor oliváceo y cetrino, pequeño, nervioso, con un bigotito y una gran sortija. Entre los dos, representan al menos noventa años de vida en pensiones familiares, comiendo cosas que vienen de muy lejos, espolvoreadas de azafrán, pimienta, canela y otros productos amarillentos y fatídicos. Los dos parecen oler a habitación empapelada con florecitas mecánicas y desvaídas.

Cuando los payeses, tan gordos, guapos y endomingados, que ocupan el patio de butacas, constatan que los actores están pálidos y flacos, se produce en la sala una gran desilusión. Se miran entre sí de reojo y algunos por encima de las cejas. Todos piensan lo mismo: que sería muy triste encontrarlos por un camino estrecho y solitario, al atardecer.

—A ver qué papeles harán... —dice, mientras tanto, la cuñada a la señora alcaldesa.

—Papel... ¿qué papel quieres que hagan? —contesta la señora rápidamente—. Ante un buen arroz de marisco y una docena de chuletas por barba, bien tiernas, harían un buen papel...

En la taberna de un pequeño pueblo campesino, un hombre explica sus miserias a un compañero.

—¡No hagas caso! —le dice, a la postre, este—. Lo que me estás contando ha existido siempre. Después de

«esas» guerras se han visto tantas cosas que no vale la pena de preocuparse.

—Sin embargo, bien te preocupas tú de algunas cosas, a pesar de «esas guerras»... ¿A cuánto vendes el maíz?

—Bueno, mira, déjate de remilgos y de niñerías... ¡Bebe!

En el pueblo había un muchacho que leía las llamadas novelas del Oeste, *El Coyote*, *El hombre enmascarado* y las espeluznantes cosas de Texas. Entraba en su casa por el balcón, se encaramaba por los canalones de desagüe y salía por las ventanas. En la época que trabajó en la Fundición de T., en Granollers, se construyó un anillo de hierro que presentaba en uno de los dedos de la mano. De tarde en tarde, repartía algún puñetazo. Desde la pared de una casa en construcción de siete metros de alto saltaba sobre un montón de arena, para «hacer» piernas, según declaraba. Un amigo que quiso imitarle se rompió en seco la tibia y el peroné. Cuando hicieron el desfile del Mercado de la Concepción, la guardia civil quiso alinearlos; él se opuso y recibió un culatazo en un pie. Más tarde, tomó parte en la carrera de bicicletas; cuando vio al guardia del culatazo, se echó sobre él con la máquina a toda velocidad. En la época en que leía las historias del Oeste, se bebía un par de litros de vino al día como si nada. En la comida del 18 de julio fue el que siempre bebió y comió más. Un año comió y bebió tanto que decía que se estaba quemando. Fue el año en que tronó y llovió tanto. Su hermano lo subió al terrado y lo extendió en el suelo

para que se refrescara. Hubiera muerto reventado. Entró en el servicio militar. Siendo tan buen corredor, fue motorista de enlace. Un día, el capitán le riñó. El muchacho lanzó una carcajada. Se le impuso un correctivo. Se rebeló. Desertó. Pasó con su moto a Francia.

Actualmente está cortando leña en la Selva Negra, en la zona francesa de Alemania.

La lámpara familiar. El tendero, sentado a la mesa, examina detenidamente un cuaderno un poco grasiento. Es el cuaderno de los «descuidados». A su lado está sentada una niña de corta edad, que juega con unos lápices y unos papeles.

El tendero toma uno de los lápices de la niña y dice:

—Mira, pequeña... ¿Ves ese tres? Si con este lápiz alargaras y cerraras las dos bolsas abiertas de ese tres, formarían un ocho... ¿Comprendes?

—¿Y qué quieres decir con eso? —pregunta la niña, sorprendida.

—Quiero decir que se podría ganar dinero...

—¡Ah, ya comprendo!... —dice la niña, riendo anélicamente.

Todavía recuerdo la estentórea carcajada que produjo una redonda y colorada payesa al oír, en un disco que daban por radio, una cosa que decía más o menos: «Los hombres no valemos nada; tres como este, seis pesetas».

Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. Me gusta ir de tertulia a las tiendas y observar. Cuando en una tienda hay más de tres personas despachando detrás del mostrador —en los pueblos hay para esas cosas menos habilidad y vista que en Barcelona o en las grandes ciudades— se produce siempre la natural confusión y los peligros son constantes. Entre el pequeño comercio y el público, la situación es de una tirantez muy acusada.

Desde luego, hay personas absolutamente correctas y morales. Pero, además, hay dos clases de personas distintas.

Esa señora entra en la tienda en los tres momentos del día de máxima aglomeración y suele decir que ha olvidado las tarjetas.⁴ Paga una vez o dos, pero la otra vez es franca. Contra eso, no hay más remedio que tener una libreta de «descuidados», lo que aumenta el barullo notoriamente. Cuando llega el momento de abrir la libreta, la señora pone la cara y la sonrisa del «¡Ay, qué me dices!», como en el teatro.

Luego hay otro tipo de comprador —o de compradora— que aparece en las tiendas cuando no hay nadie, a la luz mortecina de las restricciones eléctricas. Cuando el comprador —o la compradora— señala su presencia en la tienda pidiendo algo, su bolso, cesto o capazo tiene un peso superior al que tenía al llegar. Es crudo, pero realísimo.



La vida secreta que suelen llevar las personas enriquecidas —secreto que siempre es a voces— suele producir

4. El texto es de la inmediata posguerra; se refiere a las tarjetas de racionamiento.

el fenómeno de la ingenuidad desconcertante. Así, esa vieja señora, poseedora de una pequeña renta, totalmente arruinada, que llega a casa de su sobrino, enriquecido de poco, y se encuentra con que están comiendo una excelente *carn d'olla* con, al lado, en una fuente, una magnífica mata de apio.

—¡Qué bien lo pasan ustedes! —dice la vieja señora, encandilada—. ¡Comen apio!

En una de las últimas casas del pueblo, tocando ya a los campos, vive una mujer que se dedica a trabajar por horas limpiando y fregando suelos. Después de bastantes esfuerzos, pudo comprar un par de sábanas a una de esas gitanas que van por el mundo vendiendo ropas. Antes de utilizarlas, y para quitarles la rigidez de lo nuevo, las lavó y las puso a secar a este maravilloso sol de enero. Habiendo salido a dar una vuelta, vi desde lejos la blancura de la ropa movida un poco por el viento, con el sol sacando un destello de las deslumbradoras manchas.

A mi regreso, la mujer me llamó de lejos y me dijo, descompuesta:

—Vea usted lo que me han hecho...

Alguien —¡vaya usted a saber quién: el pueblo es tan pequeño y misterioso!— había pasado junto a las sábanas puestas a secar y, con la hoja de afeitar, les había hecho una rápida y violenta incisión, de una verticalidad perfecta.

¡Cuán triste es la vida del hombre que, por temor al qué dirán —cómo tira, cómo tira...—, ha de fumar sus puros y sus cigarrillos rubios, ha de beber un sorbo de

champán de Sant Sadurní, metido entre las cuatro paredes de su casa!

El catalán se precia de amar la obviedad redundante y decisiva. Por eso es corriente oír, en este país, frases llenas de primigenio sentido filosófico, como esta: «¡Lo que no puede ser, no puede ser!».

—¡El que los tiene, los tiene!... —dice un hombre en la taberna.

—Cuanto más tenga, menos le valdrán... —le contesta el chusco, riendo.

—Sin embargo, cuantos más tendrás, más te quedarán...

—O menos, vete a saber...

—No me fastidies. ¡Lo que no puede ser, no puede ser!

Al buen padre de familia —en definitiva, hombre al servicio de todos los tópicos de la vida moderna, como es naturalísimo— le dijeron que todo lo relacionado con la educación de los hijos ha de ser tratado con un cuidado exquisito, con suavidad, con dulzura.

Así, cuando ha de sermonear a sus hijos —cosa que sucede a menudo—, espera al atardecer, entre dos luces, cuando obscurece, «para que no vean», dice, «la cara que pongo de manzanas agrias, y lo hago a distancia, para que nunca puedan decir que me confundieron con un juez. Por lo demás, dejo que vayan a su paso, no tiro nunca de la cuerda, no me molesta

que vayan al trote y no he podido jamás utilizar la bofetada como elemento pedagógico y educativo».

—Y, sin embargo... —añade, después de una pausa—, no estoy satisfecho.

—¿Y por qué no está usted satisfecho?

—Pues porque a veces pienso en la necesidad de una educación más defensiva.

—¿Qué es una educación más defensiva?

—Una educación más adecuada al tiempo y a la realidad de cada día, a esa realidad según la cual el que no corre vuela y si no te *enredan* es porque no pueden.



A los pocos días, el muchacho, que tiene afición a las cosas de la tienda y hojea, a veces, en el mostrador, la libreta de «Descuidados», dice a su madre:

—Madre, he ganado un duro...

—¿Has ganado un duro? —contesta la madre, sorprendida—. ¿Y cómo lo has hecho?

—Ha venido aquel hombre que debía catorce duros, pero él ha dicho que debía quince.

—¿Y tú qué has hecho?

—Yo no he dicho nada. He recogido los quince duros y los he puesto en el cajón.

La madre queda perpleja y extrañada. No sabe qué decir. Cuando el marido regresa de la calle, le dice en voz baja, con una energía apenas contenida:

—Para educarlos así, no mereces tener hijos...

Se hace explicar lo sucedido y, ante el hecho, se queda el hombre abrumado y entristecido. El duro, desde luego, será devuelto.

La mujer dice:

—Pero ¿no comprendes que no hay necesidad de enseñarles nada, porque ya lo aprenden? Y si no lo aprenden, peor para ellos...

Al atardecer, entre dos luces, habiendo ya casi obscurecido, el padre llama a su hijo y le endilga un largo sermón, desde un poco lejos, para que nunca pueda recordarle con una cara de manzanas agrias y un semblante severo.

La señora del médico se puso uno de sus trajes mejores y con su habitual placidez se fue al mercado a comprar un par de pollos excelentes —porque con esto de la peste aviar no se sabe nunca lo que puede pasar, ¿comprende?

Se metió en el torbellino humano de la pollería, sobre la que flotaban plumas de aves, de patos y de ocas alrededor de un nimbo polvoriento. No compró ni pollo ni gallina, pero sí una oca, grande, peripuesta y soberbia, y un par de pichones para cocinar a la cazuela con unas cebollitas.

Cuando llegó la hora —en realidad, mucho antes—, se acercó a los autobuses para el regreso. El coche estaba ya casi lleno.

En el momento de subir al coche, con sus animales a cuestas, se encontró ante la estrecha puerta con una voluminosa payesa que pretendía hacer lo mismo con un gran cesto de mimbre repleto de infinidad de objetos. Sucedió lo que suele suceder en estos casos en este país donde se hacen tantos cumplidos y zalamerías cuando se trata de pasar por las puertas anchas: las dos mujeres quisieron subir al mismo tiempo. Subir las

dos al mismo tiempo era un problema físicamente insoluble. Sin embargo, forcejearon un rato, sudorosas, para resolverlo.

La señora payesa era notoriamente más fuerte y, de un encontronazo dado con la cesta, eliminó a la elegante señora del médico. La cual, al notar que la cesta le había estropeado la falda, dio un grito de rabia, al que añadió la denuncia, en voz alta, de que la estaban atropellando literalmente.

La payesa —que estaba ya dentro del coche— dijo, con la frescura habitual de la persona que puede lograr un asiento en las circunstancias presentes:

—Quien no quiera polvo, que no vaya a la era...

No pronunció estas mismas palabras, porque esta es una traducción literal hecha por mí de lo que dijo.

Todas nuestras amistades, todas las personas que tratamos y conocemos, son personas correctas, disciplinadas, ordenadas y de un trato absolutamente plausible. Pero —y ahora hablando en serio— ¿hay alguna persona que pueda afirmar no haber cometido, en los últimos años, alguna brutalidad como la referida? En un caso de grave necesidad, un gesto semejante podría comprenderse, si ustedes quieren. Pero me refiero a los actos de este tipo que uno comete completamente gratuitos, en virtud de una especie de explosión temperamental irrefrenable y fatídica.

La payesa encontró asiento en el coche. La señora del médico, también. El coche arrancó tres cuartos de hora después de que estas importantes señoras hubieran colocado sus posaderas sobre el cuero de los asientos.

Un padre de familia presenta su chico a un amigo.

Se trata de un joven de unos catorce años que se pasa el día yendo de aquí para allá en su bicicleta.

—¿Qué le parece a usted mi chico? —pregunta el padre, cordial y risueño, a su amigo.

—Pero, hombre, ¡cómo has crecido! —dice—. Realmente, ha de ser agradable tener ya un chico tan mayor...

—Sin embargo —dice el padre—, no se porta bien y no es realmente muy buen chico...

Y entonces se produce esto: el amigo se acerca a la oreja del padre de familia y le dice en voz baja, para aumentar, sin duda, la curiosidad del muchacho:

—Amigo, la hora de los buenos chicos ha pasado a la historia; porque, ¿de qué servirá ser un buen chico?

El padre debió quedar bastante perplejo.

A los pocos días, el muchacho se metió, con su bicicleta, en el escaparate del sastre de la carretera. Rompió un gran cristal. Atropelló a dos soberbios maniqués elegantísimos, que contemplaban, con el sombrero puesto y unos ternos perfectos, la circulación rodada y humana del pueblo. El muchacho se hizo daño; salió con la cara rota y chorreando sangre por diversos lugares de la cabeza.

—Ya sabe usted —me dice un amigo de mi edad— que soy aficionado al ajedrez. Lo juego, un rato, antes de cenar, en el Casino. Juego mal, pero a veces me parece que hubiera podido jugarlo mejor. A pesar de mi temperamento nervioso, he podido resistir siempre que los mirones siguieran mis jugadas. El otro día se plantó

un señor vertical detrás de mi silla. Era un forastero. Adoptó un aire meditabundo, bajó la cabeza, puso el brazo en ristre y se aguantó mucho rato, con el puño cerrado en la barbilla. Tuve constantemente la sensación de que aquel señor era realmente un entendido. Dio siempre la impresión de seguir profundamente toda la partida, y, además, de corregirla, *in mente*, con gran tino. Creo que la presencia de aquel excelente observador me ayudó y que aquella tarde tuve una cierta agilidad mental. Cuando, habiendo ganado, me levanté del tablero, pensé que aquel señor me diría algo relacionado con el juego. Me dijo: «¿Sabe usted que le clarea mucho el cabello?».

A pesar de la importancia que tiene, en nuestra época, cobrar parte o todo el salario en especies —en forma de alimentos condimentados, de alimentos crudos o en especies propiamente dichas—, parece que se hace cada día más difícil encontrar, no ya una buena criada, sino simplemente una criada.

En las reuniones de señoras de una cierta edad y hasta de menos edad, no se habla más que de ese problema. Es un poco cargante, pero ante la realidad hay que conformarse.

Desde luego, ha desaparecido totalmente de la circulación aquel tipo de criada de alta calidad que, para decirlo con la locución generalmente empleada, hacía «vida y muerte en una casa». Aquellas personas cuya memoria alcance la primera guerra mundial, recordarán aquel tipo excelso de ser humano, primor de la civilización burguesa, ejemplo impercedero de convi-

vencia y democracia. El tipo ha desaparecido, pero ha dejado rastro. Probablemente, la figura más grande, más humana, más personal de la obra literaria de Marcel Proust, es Françoise, la inmortal cocinera que hizo vida y muerte en la familia del novelista y que Proust describió con grandiosidad tolstoiana.

Las criadas actuales no tienen el menor interés por la cocina. Su ideal culinario consiste en elaborar —en elaborar mal— huevos fritos y bistés con patatas. Es la cocina carpetovetónica reducida a lo indígena más esquemático. Sin embargo, el dilema está permanentemente planteado: o eso o nada.

Nuestro amigo Carlos Sentís nos ha contado a veces, al regresar de alguno de sus largos viajes, las dificultades que se plantean en algunos países extranjeros a consecuencia de la falta de servicio. Se comprende que en los Estados Unidos no haya servicio, porque cualquier otro trabajo es más remunerador, más libre, y la vida es fácil. Se comprende menos en aquellos en que la alimentación constituye el escollo diario. Y, sin embargo, se prefiere, al parecer, luchar con el escollo, a pesar de las grandes dificultades.

En los países donde no hay servicio, la solución que se ha encontrado es la normal: las señoras han debido convertirse, durante una cantidad determinada de tiempo, en criadas. La vida ha debido ser simplificada, y una determinada cantidad de cosas se hacen a máquina. Es la entrada del maquinismo en la vida familiar. La condimentación de los alimentos se reduce a calentar, en casa, lo que previamente fue ya condimentado y que es vendido —basta telefonar para obtenerlo— en unas cajitas muy bien presentadas.

Aquí estamos en un período de transición. Ni las

criadas se deciden francamente a serlo, sino que, por el contrario, desertan del oficio, ni las señoras se deciden a ponerse el delantal. Por eso va tomando proporciones inauditas el régimen carpetovetónico de los huevos fritos y el bisté con patatas.